

POLONIA Y CHE- COSLOVAQUIA: DOS "CASOS"

Cardenales, arzobispos y obispos están junto a los estudiantes; repudian que, frente a sus manifestaciones, se haga «uso brutal de la fuerza, que hiere la dignidad humana y, en lugar de contribuir al mantenimiento de la paz, no consigue más que abrir de nuevo dolorosas llagas». Esta toma de posición de la Iglesia es clara. Sucede en Polonia.

El alto clero polaco (primado, monseñor Wyszynski) pasa por ser uno de los más conservadores del mundo, como consecuencia de la situación de defensa en que se encuentra desde hace años; se ha atrincherado, se ha hecho fuerte frente al gobierno comunista. Ha repudiado el movimiento católico de izquierdas del grupo «Pax» (presidente fundador, Boleslaw Piasecki), que se basa en el reconocimiento del régimen socialista para normalizar las relaciones entre la Iglesia y el Estado; el cardenal Wyszynski le acusa de ser «un órgano del aparato policiaco estrictamente articulado, que depende directamente del Ministerio del Interior y ejecuta, con obediencia ciega, las directivas de la policía secreta». En realidad, el movimiento «Pax» no goza de las simpatías del régimen comunista. Se le considera más bien como una posibilidad de normalizar las relaciones entre la Iglesia y el Estado, sostenidas por el «modus vivendi» de abril de 1950 de una forma muy precaria. Wyszynski es un cardenal combatiente, como el húngaro Mindszenty; para ellos no hay pacto. Son integristas. Es raro escuchar a católicos integristas, constituidos en Iglesia oficial, un lenguaje como el que ha empleado la conferencia episcopal de Polonia. Pide en su comunicado «el derecho a la verdad, a la libertad, a la justicia y al amor»; pide que estos temas suscitados por los estudiantes de Varsovia en huelga, como todos los problemas que dividen a los hombres, no sean resueltos por el uso de la fuerza, sino por el de un «diálogo profundo» y relaciona los movimientos juveniles polacos con «los que conoce la juventud del mundo entero», de la que dice que «es una inquietud cuyas raíces conducen a las más profundas cuestiones humanas; concierne al sentido de la existencia del hombre y está ligada a la verdad, a la libertad, que son derechos naturales de todo ser humano en la vida individual y social; es una inquietud por el porvenir del hombre y del mundo».

El Gobierno polaco no ha reaccionado, hasta ahora, a lo que puede interpretarse como un ataque directo. Las acusaciones de Gomulka no se dirigen a la Iglesia ni al movimiento católico. Van a un enemigo más bien mítico situado en los términos «cosmopolitismo, sionismo y judaísmo nacional»; ha destituido a un cierto número de profesores que habían hecho causa común con los estudiantes, y ocurre que la mayor parte de estos profesores son judíos. Por «cosmopolitismo» debe entenderse la tendencia creciente a la abolición de fronteras entre mundo del Este y mundo del Oeste. El sionismo es un problema que prácticamente se ha planteado en todo el mundo durante la reciente crisis de Oriente Medio. De Gaulle lo ha denunciado en Francia y le ha valido la grotesca acusación de antisemitismo. De Gaulle ha denunciado el problema de que una comunidad de un país, con la nacionalidad de dicho país, pueda sentirse de pronto identificada con un país lejano, desconocido para muchos de ellos, con problemas geopolíticos totalmente ajenos, en razón de unos sentimientos de comunidad, de raza o religión. El fenómeno es enormemente discutible y de hecho no cesa de discutirse desde que se planteó en junio del año pasado. El hecho es inquietante en sí por lo que supone de descubrimiento de una fuerza considerada hasta ahora como perseguida, humillada y abatida, como pacífica, intelectual y empobrecida, y que de pronto se revela como capaz de movilizar en todo el mundo enormes fuerzas económicas, políticas y militares, y hasta con quebrar las estructuras de los países en que sus minorías aparecían como integradas. Por otra parte, no creo que sea lícito negar a una minoría el derecho a expresarse con arreglo a sus propios sentimientos por el hecho de que no coincidan con la política exterior del país.

En este caso, Gomulka se ha pronunciado frente a «cos-

mopolitas y sionistas» porque admitir que el origen del conflicto está en la necesidad de la juventud de democratización y liberación suponía reconocer su fracaso al frente del régimen. Hay que proyectar el mal sobre fuerzas externas, sobre enemigos rodeados de un halo misterioso, sobre «manos ocultas», sobre «cosmopolitas» o sobre «internacionales». Atacar a la Iglesia de Wyszynski es buscarse un enemigo mayor. Se dice que, aún hoy, el 90 por 100 del campesinado polaco es católico practicante —en las ciudades la densidad es menor—. Wyszynski, por su parte, en este largo y difícil combate, trata de llevar a su lado la fuerza de la juventud, y asume su propio lenguaje.

Todas las indicaciones que hay en estos momentos sobre los «casos» de Polonia y Checoslovaquia parecen indicar que se enfrentan de forma muy distinta. La repentina conferencia comunista de Dresde disocia las dos cuestiones: es decir, trata el caso checoslovaco en su comunicado y omite el polaco. Polonia es un punto clave de la defensa del bloque comunista, del Pacto de Varsovia, como Alemania del Oeste lo es del pacto occidental, de la OTAN. Polonia tiene bases soviéticas en su territorio, como Alemania Federal las tiene americanas; son estados fronterizos de dos mundos, con fronteras disputadas mutuamente. Probablemente en Polonia se van a movilizar todas las fuerzas posibles para evitar un debilitamiento del régimen. En Polonia la reacción ha sido el uso de la fuerza y la destitución de algunos personajes acusados de dar paso a la nueva ideología. En Checoslovaquia, por el contrario, parecen ser en estos momentos las fuerzas democráticas y liberales, las que elevan el lema de «marxismo en la libertad» las que tienen el poder; ha caído Novotny, y parecen abrirse —con cierta lentitud, con cierto cuidado— las esclusas para que entre una nueva corriente de diálogo. Checoslovaquia va por el camino abierto por Rumania. Polonia va a encontrar más dificultades.

La posición de Moscú es moderada y alerta. Ha rechazado como groseras y absurdas las denuncias hechas por algunos periódicos de Occidente —«Le Monde», «Sunday Express»— de que las maniobras que realizan las tropas soviéticas con las alemanas y las húngaras estén destinadas a asustar a Checoslovaquia. Incluso a preparar una intervención armada si la situación se hiciese grave. La URSS no trata ahora de oponerse a las «formas» del socialismo en las democracias populares europeas. Pero no olvida el caso de Budapest en 1956; no olvida cómo una diferencia de opciones entre el comunismo oficial, como un intento de democratización y liberalización fue rápidamente aprovechado por las fuerzas contrarrevolucionarias, que dieron un signo totalmente distinto a la disputa. Probablemente los democratizadores de Checoslovaquia, de Polonia o de Rumania no olvidan tampoco que sus correligionarios de Budapest fueron rápidamente desbordados y se convirtieron en las primeras víctimas físicas de la contrarrevolución. No parece que en el mundo comunista europeo se piense hoy que estos movimientos hacia formas de libertad y diálogo, de discusión y de crítica, puedan ser contenidos mucho tiempo. Se trata más bien de buscar el pulso necesario para darles camino dentro de la seguridad. Ese pulso es muy difícil. Si los movimientos de democratización se retrasan más de lo debido, si se ven privados de esperanza, de plazos, de posibilidades, pueden resolverse espontáneamente.

La reunión de Dresde prevé la celebración inmediata de otra, de una consulta «al más alto nivel» prevista para «examinar los problemas económicos comunes». En el mes de marzo se han celebrado ya tres conferencias intercomunistas, con diversos motivos. Esto indica que la importancia de la situación no se desdén, y que el tema esencial, que es el de «tomar las medidas necesarias para mantener la cohesión de los países socialistas sobre la base del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario», como dice el comunicado de Dresde, se debe estar examinando desde varios prismas. La ausencia de Rumania pone el acento sobre cómo esta cohesión puede fracasar si no se establece sobre el plano de la autodeterminación de cada país y del afloramiento de las tendencias mayoritarias dentro de esos países.